

MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA BODA DE LOS PRÍNCIPES CARLOS Y M^a LUISA

Tomás Francisco Prieto

Bronce. Cuñada

D. 49 mm, g. 3,5 mm, p. 48 gr.

Legado Parada Carballo

Nº de Inv. 4613

Anverso: CAROLUS. III. PARENS. OPTIMUS

Busto de Carlos III a la derecha, con peluca, manto y toisón.

Debajo: T. PRIETO

Reverso: PUBLICAE. FELICIT. PIGNUS.

Bustos acolados de los Infantes a la derecha. En la línea de corte del busto del Infante las iniciales, T.P.

Exergo: ALOISIA. PHILIP. INF. HISP. PARM. DVC. FIL. CAROL.
PRINCIP. NVPTA. M. DCC. LXV.

La medalla, a diferencia de la moneda que surge por necesidad de una marca legal creada para transacciones comerciales, nace bajo el signo de perpetuar el culto a la personalidad, conmemorar hechos históricos, avances técnicos o científicos. Es, por lo tanto, una pieza de carácter conmemorativo o simbólico, carente de todo valor fiduciario, reproducible y circulante que conjuga en un pequeño disco de metal (cospel) la expresión plástica con el mensaje escrito. Pero la medalla es algo más, es un pequeño objeto de arte que sirve para transmitir imágenes del pasado, dando a conocer acontecimientos públicos o privados, importantes o banales, que se acuñan en un metal para inmortalizarse en el tiempo.

Griegos y romanos conocen su arte y su utilidad, pero es en las florecientes repúblicas de la Italia del siglo XV donde nace en su concepción moderna de la mano de Antonio Pisanello. Sus cualidades intrínsecas: pequeño formato, durabilidad, capacidad de ser intercambiable, y su valor artístico, hacen de la medalla un medio idóneo para transmitir las ideas renacentes. No hubo Príncipe, Papa o artista que no mandase tallar su efigie como expresión de su poder, o no las coleccionase como símbolo de su nostalgia histórica.

En España, será con la llegada de los Borbones en el siglo XVIII cuando se puede hablar de una medalla plenamente española. Fernando VI, y sobre todo Carlos III, crean las estructuras necesarias para potenciar esta actividad a través del grabado, cuya enseñanza se incorporó a la Academia desde su creación en 1752. Es en estos años, tras el nombramiento de Tomás Francisco Prieto como grabador de la Real Casa de la Moneda de Madrid en 1748 y como Director de grabado en hueco de la Academia, cuando la medalla adquiere su definitiva carta de naturaleza. Desde ese momento la medalla será concebida en los esquemas clásicos de una arte oficial o de “cámara”, vinculada en sus inicios a la medalla francesa.

El grabador Tomás Francisco Prieto nació en Salamanca en 1716. A los 15 años entra de aprendiz en el taller de Lorenzo Montemán, grabador de origen siciliano y gran conocedor de la ceca romana, de quien recibe una magnífica formación, lo que le permitirá, pocos años después de trasladarse a Madrid, ganar por oposición la plaza de Grabador de la Casa de Moneda y el título de Grabador de Cámara de Carlos III. El continuo apoyo real a su actividad desde su llegada a la capital, le facilitará el conocimiento de un importante material numismático, medallístico y bibliográfico. Estas circunstancias estimulan su afán coleccionista, llegando a reunir uno de los más importantes conjuntos de dibujos, estampas, libros y medallas, entre las que se cuenta una serie completa de medallas francesas, así como sus útiles de fabricación, que años más tarde comprará el mismo monarca para la formación de los grabadores de la Casa de Moneda.

Esta preeminente situación de Prieto explica que sea el encargado de la realización de la mayor parte de las medallas conmemorativas del momento, entre las que cabe destacar la que hoy presentamos, considerada cómo una de sus mejores obras.

Fue mandada acuñar en la Casa de la Moneda de Madrid en 1765 por encargo del Marqués de Grimaldi, Secretario de Estado de Carlos III, para conmemorar la boda del Príncipe de Asturias, futuro Carlos IV, con su prima María Luisa, hija de don Felipe, Duque de Parma y de Louise Isabelle de Francia. Como en la mayoría de sus monedas y medallas, en el anverso nos ofrece un magnífico retrato de Carlos III, lleno de nobleza y dignidad, y en el reverso, como sucede con otras de su autoría, toma como

ejemplo una composición francesa; ambos son prueba de su maestría en la composición y distribución de masas y del dominio de la perspectiva y del modelado.

Sobre la dificultad técnica que supone la elaboración de una medalla es explícito el comentario que resume el capítulo que sobre la medalla aparece en los Tratados de orfebrería, escultura, dibujo y arquitectura de Benvenuto Cellini: *“sólo se puede hablar con quien tiene algún conocimiento de este arte (cuido que quienes no posean tal conocimiento les resulta en exceso fatigoso entender estos detalles)”*

Segun él, el primer paso que había que realizar era crear un modelo en cera o en otro material maleable, dándole al relieve el tamaño exacto que debería tener la medalla. Sobre este, se hacía un molde en yeso que servía como pauta y modelo. Al mismo tiempo se preparaban los troqueles, que debían ser de acero puro dulcificado a la lumbre y cuidadosamente pulidos; después de preparados estos, y sobre ellos, por medio de compases móviles, se trazaban las orlas y la distancia entre las letras; luego, con sumo cuidado, se comenzaba a trabajar directamente con el buril, desbastando el acero y dejando en hueco los motivos, para finalmente acuñar la medalla por medio de golpes potentes de martillo o mediante una especie de volante movido por varios hombres. A partir del siglo XVI, se recurrió al procedimiento de obtener el grabado en hueco en los troqueles por medio del hincado mecánico de varios punzones de acero endurecido, realizados en relieve de manera manual. Una vez hechos los troqueles, que se podían, en el caso de las medallas, retocar a buril, se acuñaba directamente la medalla mediante una prensa de volante. El grabador participaba en todo el proceso de creación con lo que demostraba no sólo su mayor o menor sensibilidad artística, sino su gran pericia técnica, fruto de una gran formación, que a lo largo del siglo XVIII combinará, en una simbiosis perfecta, las enseñanzas gremiales con la formación académica.

En el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, la introducción de los procedimientos mecánicos de reducción (pantógrafo) garantizará la absoluta identidad entre las piezas del mismo tipo. A partir de este avance técnico el molde de escayola se reproduce en metal. Este se monta en el pantógrafo que recorre mediante una punta suave toda la superficie y lo copia en un trozo de acero, que constituye el punzón principal en relieve;

de este se sacará la matriz en hueco a partir de la que se realizan los punzones en relieve y de estos a su vez los troqueles con los que finalmente se acuñarán las medallas.